

ojo, que se escapó de las manos del guardacostas y que cayó en la yerba.

El cuáker se puso de bruces sobre el borde de la escarpadura de rocas, contempló cómo los círculos se desvanecían en el agua; permaneció así algunos minutos y después se incorporó, cantando entre dientes:

*El buen polizonte ha muerto
porque ha perdido la vida.*

Volvió á mirar otra vez al mar y nada vió reaparecer. Pero en el punto que se hundió el guardacostas se formó en la superficie del agua una especie de nube rojiza que dilataba el balanceo de las olas. Era probable que el guardacostas se hubiera roto el cráneo contra alguna roca submarina. La sangre subía y formaba una mancha en la espuma. El cuáker, contemplándola, exclamó:

*Muy poco antes de su muerte
estaba lleno.....*

No acabó el verso. Oyó detrás de él una voz suave que le decía:

—Estais aquí, Rantaine? Buenas noches. Acabais de matar á un hombre.

Se volvió y vió á algunos pasos detrás de él, entre las rocas, un hombre de pequeña estatura, que llevaba un revólver en la mano.

—Buenas noches, señor Clubin; aquí me teneis.

El interpelado se estremeció.

—Me conocéis?

—Como vos á mí, replicó Rantaine.

Se percibía el ruido de remos que golpeaban en el mar. Lo producía la embarcación que espiaba el guardacostas y que se iba acercando.

El señor Clubin dijo á media voz, como hablándose á sí mismo:

—Todo se ha hecho con rapidez.

—En qué puedo servirlos? preguntó Rantaine.

—En algo. Hace cerca de diez años que no os he visto. Habreis hecho buenos negocios. Cómo os vá?

—Bien, dijo Rantaine. Y á vos?

—Muy bien.

Rantaine dió un paso hácia el señor Clubin; un ruido seco llegó á sus oídos. El capitán amartillaba el revólver.

—Rantaine, estamos á quince pasos uno de otro, estamos á buena distancia; no la acortéis.

—Qué queréis de mí?

—Quiero que hablemos.

Rantaine ni se movió ni habló. El señor Clubin repuso:

—Acabais de asesinar á un guardacostas.

—Habeis tenido el honor de decírmelo dos veces.

—Antes os lo dije en términos menos precisos. Antes os dije que asesinasteis á un hombre; ahora os digo que ese hombre era un guardacostas, el número 619, padre de familia, casado y con cinco hijos.

—Así será, contestó Rantaine.

—Los guardacostas son hombres escogidos; casi todos son antiguos marinos.

—He notado, contestó Rantaine, que generalmente todos los que mueren dejan una mujer y cinco hijos.

El señor Clubin, cambiando de conversación, dijo:

—Adivinad cuánto me ha costado este revólver.

—Es una buena pieza, respondió Rantaine.

—Cuánto creéis que vale?

—Debe valer mucho.

—Me ha costado ciento cuarenta y cuatro francos.

—Lo habreis comprado en la tienda de armas de la callejuela Contanchez.

El señor Clubin dijo:

—No ha lanzado ni un solo grito. La caída acorta la voz.

—Señor Clubin, esta noche hará mucho viento.

—Yo solo estoy en el secreto.

—¿Seguís hospedándoos en la posada Jean? preguntó Rantaine.

—Sí; allí no se está mal.

—Me acuerdo de haber comido buenas berzas ácidas.

—Debeis ser muy fuerte, Rantaine. Sois muy ancho de espaldas. No quisiera recibir un puñetazo vuestro. Yo cuando nací estaba tan encanijado y enclenque, que creían que iba á malograrme.

—Felizmente se equivocaron.

—Pues, como iba diciendo, sigo en la posada Jean.

—Os reconocí, señor Clubin, porque vos me reconocísteis. No hay hombre que se atreva á estar aquí más que vos.

Diciendo esto se adelantó un paso.

—Volveos donde estábais, Rantaine.

Rantaine retrocedió, diciendo para sus adentros:

—El hombre se convierte en niño cuando se encuentra delante de esas máquinas.

El señor Clubin prosiguió diciendo:

—Hé aquí nuestra situación. Tenemos aquí á la derecha, por la parte de Saint-Enogat, á trescientos pasos de aquí, otro guardacostas, el número 618, que está

vivo, y á la izquierda, por la parte de Saint-Lunaire, un puesto de aduaneros. Total, siete hombres armados, que pueden estar aquí antes de cinco minutos: cercarán la roca y custodiarán la garganta del cerro. Será imposible evadirse. Hay un cadáver debajo de las rocas.

Rantaine echó al revólver una mirada oblicua.

—Como decís, es una hermosa pieza, aunque acaso esté cargada con pólvora sola. Pero no importa; bastará el ruido de un tiro para que acuda la fuerza armada, y puedo disparar seis.

El choque alternativo de los remos se oía cada vez más claro. El bote no estaba lejos.

El hombre de alta estatura miraba al otro de un modo extraño. El señor Clubin seguía hablándole con voz tranquila y meliflua:

—Los hombres que vienen en ese bote que se acerca, cuando sepan lo que habeis hecho aquí me ayudarán á prenderos. Pagais por el pasaje al capitán Zuela diez mil francos. Entre paréntesis, os hubiera salido menos caro ir con los contrabandistas de Pleymont; pero ellos no os hubieran llevado más que hasta Inglaterra, y, por otra parte, no podeis arriesgaros á volver á Guernesey, donde tienen el honor de conoceros. Voy á poner en claro nuestra situación. Si disparo os prenden. Dais diez mil francos á Zuela por vuestra fuga, habiéndole anticipado cinco mil; Zuela se quedará con ellos y se marchará muy satisfecho. Estais muy bien disfrazado, Rantaine; el sombrero, el leviton y las polainas os transforman. Habeis hecho bien en dejaros crecer las patillas.

Rantaine dejó escapar una sonrisa semejante á una mueca.

Clubin continuó:

—Llevais calzones americanos, que tienen dos bolsillos; uno de ellos encierra el reloj. Guardadlo.

—Gracias, señor Clubin.

—En el otro escondéis una cajita de hierro que se abre y se cierra por medio de un resorte. Es una tabaquera de marinero. Sacadla del bolsillo y echád-mela.

—Eso es un robo!

—Podeis llamar á la guardia.

—Oidme, Mess Clubin, dijo Rantaine, adelantando un paso y tendiéndole la mano abierta.

Le decía MESS por adulación.

—Permaneced donde estais.

—Mess Clubin, arreglémonos. Os ofrezco la mitad.

Clubin se cruzó de brazos,ladeó un poco hácia Rantaine las seis bocas del revólver y le dijo:

—Por quién me tomáis? Soy un hombre honrado. Lo necesito todo.

Rantaine murmuró entre dientes:—Este hombre es terrible.

Chispearon los ojos de Clubin, su voz se hizo sonora y cortante como el acero y exclamó:

—Estais muy equivocado, porque vos representais el robo; yo represento la restitución. Escuchadme. Hace diez años os escapásteis de Guernesey, sacando de la caja de la asociación cincuenta mil francos que eran vuestros y cincuenta mil que eran de otro. Los cincuenta mil robados á Mess Lethierry, vuestro asociado, forman hoy, con los intereses compuestos durante diez años, ochenta mil seiscientos sesenta y seis francos y sesenta y seis céntimos. Fuisteis ayer á casa del cambista Rebuchet. Le entregásteis setenta y seis mil francos en billetes franceses del Banco, contra los cuales os ha entregado tres bank-notes de Inglaterra, de mil libras esterlinas cada uno, y el sobrante. Metisteis los bank-notes en la cajita de hierro, y la cajita de hierro en el bolsillo del pantalón de la derecha. Recibiendo esas mil libras esterlinas, que equivalen á setenta y cinco mil francos, me daré por satisfecho en nombre de Mess Lethierry. Mañana parto para Guernesey, y en cuanto llegue le entregaré esa cantidad. La fragata que vemos desde aquí es la *Tamaulipas*; sé que en ella hicisteis embarcar esta noche, mezclados con los sacos y maletas de la tripulación, vuestros cofres. Sé que os dirigís á Francia, y para ello tendreis vuestros motivos. Vais á Arequipa; el bote viene á buscaros, ya llega, ya se oye ruido de los remos; de mí depende el que partais ó el que os prendan. Conque basta de palabras. Echadme la cajita de hierro.

Rantaine se metió la mano en el bolsillo, sacó la tabaquera, que era la cajita de hierro á que aludía Clubin, la que fué rodando hasta los pies de éste.

Clubin se inclinó sin bajar la cabeza y cogió la cajita con la mano izquierda, sin dejar de dirigir á Rantaine la vista y los seis cañones del revólver.

Después le dijo:

—Hacedme el favor de volveros de espaldas.

Rantaine obedeció.

El señor Clubin se puso el rewólver debajo del sobaco y tocando el resorte de la cajita la abrió. Contenia cuatro bank-notes, tres de mil libras y uno de diez. Dobló los tres bank-notes de mil libras, los metió otra vez en la cajita de hierro, la cerró y se la metió en el bolsillo. Despues tomó una piedra, la envolvió con el billete de diez libras y dijo:

—Volveos de cara.

Rantaine obedeció.

—Os dije que me contentaba con tres mil libras. Os devuelvo las diez sobrantes.

Esto diciendo, echó á Rantaine el billete y la piedra. Rantaine les dió un fuerte puntapié, que hizo caer al mar el bank-note y el guijarro.

—Como querais, dijo Clubin. Comprendo que debeis ser rico, pero yo ya estoy tranquilo.

El ruido de los remos, que se fué acercando durante el diálogo, cesó, lo que indicaba que el bote habia llegado al pié de las rocas.

—Teneis abajo el carruaje; podeis marcharos.

Rantaine se dirigió hácia la escalera y se hundió en ella.

Clubin se acercó con precaucion al borde del escarpe, y avanzando la cabeza miró cómo bajaba.

El bote estaba atracado cerca del último escalon de rocas, en el mismo punto en que se habia sumergido el guardacostas.

Mientras veia bajar á Rantaine, Clubin murmuraba:

—El buen número 619 creia estar solo; Rantaine creia que no eran más que dos; solo yo sabia que éramos tres.

Recogió el anteojo del guardacostas, que vió sobre la yerba.

Volvió á oirse el ruido de los remos. Rantaine acababa de saltar á la canoa, que se hizo á la mar.

Cuando Rantaine estuvo en el bote, despues de los primeros golpes de remo, que iban dejando atrás el acantilado, se puso bruscamente de pié, su fisonomía adquirió expresion horrible, enseñó los puños y exclamó:

—Hasta el diablo es un canalla!

Algunos momentos despues, Clubin, desde lo alto del acantilado, asestando al bote el anteojo, oia con claridad estas palabras, que pronunciaba una voz estentórea, que dominaba el ruido del mar:

—Señor Clubin, sois hombre honrado; pero no encontrareis mal que yo escriba

á Lethierry participándole lo que aquí ha sucedido, ya que se encuentra en el bote un marinero de Guernesey que pertenece á la tripulacion del *Tamaulipas*, que regresará á Saint-Malo en el próximo viaje del capitan Zuela, y atestiguará que os he remitido para Mess Lethierry la suma de tres mil libras esterlinas.

El que así hablaba era Rantaine.

Clubin era hombre que no hacia nada á medias. Inmóvil como lo estuvo el guardacostas, y en el mismo sitio, no separaba la pupila del anteojo, que tenia asestado contra la lancha. La vió decrecer en las olas, aparecer y reaparecer, acercarse á la fragata, llegar á ella y atracar, divisando la alta estatura de Rantaine en la cubierta del *Tamaulipas*.

Cuando subieron el bote á bordo y lo suspendieron de los pescantes, la fragata empezó sus maniobras para hacerse á la mar. El viento, que era de tierra, hinchó todas las velas. El anteojo de Clubin continuó encarado con aquella silueta simplificada, y media hora despues el *Tamaulipas*, á la vista de Clubin, solo era un cuerpo negro que iba disminuyendo en el horizonte, perdiéndose en el cielo pálido del crepúsculo.

IX.

Datos que pueden convenir á las personas que esperan ó temen cartas de ultramar.

□ Aquella noche el señor Clubin regresó tarde á la posada.

Una de las causas de su demora fué el haberse llegado hasta la puerta de Dinan, donde habia varios figones, en uno de los que compró un frasco de aguardiente, que metió en el ancho bolsillo del chaqueton, como si quisiera ocultarlo; luego, como la *Duranda* tenia que emprender el viaje al dia siguiente por la mañana, fué tambien á bordo para asegurarse de que todo estaba en orden.

Cuando el señor Clubin entró en la posada Jean, solo quedaba ya en la sala baja el viejo capitan de carrera larga, Gertrai-Gaboureau, que bebia un chope y fumaba con pipa.

Entre un trago y una bocanada de humo, Gertrai-Gaboureau saludó al señor Clubin.

—Hola, capitan Clubin!

—Buenas noches, capitan Gertrai.

—¿Conque ha partido ya la *Tamaulipas*?

—Sí?... contestó Clubin; no me habia fijado en ello.

—Se fué con el capitan Zuela.

—Cuándo?

—Esta tarde.

—A dónde vá?

—Al infierno.

—Sin duda, pero...

—A Arequipa.

—No lo sabia, contestó Clubin.

Luego añadió:

—Me voy á acostar.

Encendió la vela y se dirigió á la puerta, pero volvió.

—¿Habeis estado alguna vez en Arequipa, capitan Gertrai?

—Sí; hace ya algunos años.

—En qué puntos se toca?

—En muchas partes. Pero el *Tamaulipas* no hará escala en ninguna.

El capitan Gertrai vació en la orilla de un plato la ceniza de la pipa y continuó hablando:

—Ya sabeis que el queche marino *Cheval-de-Troie* y la hermosa fragata *Trentemuzin* han ido á Cardiff. Yo no era de opinion de que se hiciesen á la vela á causa del mal tiempo, y han arribado en estado lastimoso. El queche marino venia cargado de trementina; hizo agua, y funcionando con las bombas, al mismo tiempo que el agua ha vaciado todo el cargamento. La fragata ha sufrido averías en los altos; el tajamar, el branque, las cofas, el cepo del ancla, todo lo ha traído roto. Por la parte de babor la obra muerta tiene una abertura de tres piés cuadrados. Esta es la consecuencia de no hacer caso de los marinos viejos.

—¿No deciais, capitan Gertrai, que la *Tamaulipas* no tocará en ninguna parte?

—En ninguna. Vá directamente á Chile.

—Siendo así, en su marcha no podrá dar noticias.

—Os equivocais, capitan Clubin. En primer lugar puede entregar cartas á todos los buques que encuentre navegando hácia Europa.

—Eso es verdad.

—En segundo lugar tiene el buzón del mar.

—A qué llamais el buzón del mar?

—No lo sabeis, capitan Clubin?

—No.

—Cuando se pasa el estrecho de Magallanes...

—Qué?

—Hay en todas partes nieves, tempo-

ral, malos vientos, oleaje que sube hasta el cielo...

—Y qué más?

—Cuando se dobla el cabo Monmout...

—Qué?

—En seguida se dobla el cabo Valentin.

—Y qué más?

—En seguida se dobla el cabo Isidoro.

—Y despues?

—Se dobla la punta Ana.

—Bien; pero ¿á qué llamais el buzón del mar?

—Ya estamos en él. Se ven montañas á la derecha y montañas á la izquierda. Se ven pájaros bobos y petreles amigos de las tempestades. Es un sitio terrible. Fuego de Dios! Allí hay que vigilar el yugo de la popa; allí hay que quitar trapo; allí hay que reemplazar las mayores con los foques y los foques con el tormentin. Hace un viento horroroso. Está á veces cuatro, cinco y hasta seis dias soplando de proa. A veces de un velamen enteramente nuevo no quedan más que hilas. Hay allí rachas capaces de hacer saltar una corbeta como si fuese una pulga. Y qué costa! No he visto ninguna tan áspera. Las rocas están cortadas como por entretenimiento. Se llega cerca del puerto del Hambre. Allí peor que peor. Rugen allí las olas más impetuosas que he visto en mi vida. Aquello es un infierno. De repente se ven estas tres palabras escritas en tinta roja: *Post Office*.

—Qué quereis decir, capitan Gertrai?

—Quiero decir, capitan Clubin, que inmediatamente despues de doblar la punta Ana se vé, sobre un enorme peñasco, que tiene cien piés de elevacion, una gran viga: es un poste que lleva colgada una barrica. Esta barrica es el buzón. Ha sido preciso que los ingleses escribieran encima *Post Office*. ¿Con qué derecho? Es el buzón del Océano. No pertenece al rey de Inglaterra. Es un buzón general. Pertenece á todas las naciones. El *Post Office* os parece tan extravagante, que os causaria de pronto el mismo efecto que si el diablo os ofreciese una taza de té. Vais á saber cómo funciona este correo. Todo buque que pasa envia al *poste* una lancha con las cartas. El buque que viene del Atlántico envia sus cartas á Europa, y el que viene del Pacífico envia las suyas á América. El oficial que manda la lancha mete en el barril el paquete que lleva y toma el paquete que encuentra allí. Se encarga de aquellas cartas, y el buque que llegará